

AZORINISMO

"Azorín" tenía la soledad *despistada*.

Su melancolía, nativa, estremecidamente silenciosa, no encajaba en su tierra mediterránea, azul, propensa a los carteles de turismo. Necesitaba de otro cielo, de otro terrible campo aislado. Sus ojos se pusieron en Castilla. Iban buscando una lección de contención, de serena aspereza, de humildad. Porque Castilla, por activa, es la que puede darnos lecciones de humildades. Y hacia Castilla fué con su pequeña anarquía de silencio, con su rabiea a la patita coja, con su gran desesperación hecha juguete... Castilla era —es— algo distinto de Alicante. «Azorín» en Castilla, al igual que en su suelo alicantino, se veía sus bolsillos sin virtud, se encontraba igualmente *despistado*. Había pasado de un extremo a otro, y lo virtuoso—término medio— se había ido. En tales circunstancias era preciso descender. Y aquí estaba la Mancha, como una bofetada maldecida, al igual que un timbero de desahucio derramado en el mapa. Musulmanamente derramado. La Mancha: una cicatriz repelente entre dos tierras, un costurón brutal... Pero «Azorín» iba buscando un fiel: se había hecho burgués de su tristeza, quería colocar a un buen tanto por ciento su enorme soledad no malgastada. Y la Mancha era el banco más propicio. Después de todo, el término medio (?) estaba aquí. Y por aquí nos paseó su dulce cuquería de buen gusto. Criptana, Puerto Lápice, Argamasilla, Herencia....



«Azorín».

«Azorín» era un hombre miedoso, infantilmente temerario. «Azorín»—digámoslo con todos los respetos—era un retratista al minuto. Fuera de ese minuto, su poeta interior hacía.... lo que debía: iluminaba, aguaba de nostalgia sus retratos.... De todas formas, «Azorín» se ensanchaba por la Mancha. Su *despiste* de melancolía se iba encontrando a gusto, poco a poco.

Y ahora....

Hay una Mancha hirsuta, evasiva, marraja, que no pudo ver nuestro «Azorín». Más que otra Castilla, ésta, que nos obsede desde muchachos, hace a los hombres.... y los deja, ya hechos, depreciativa y mística, sin deshacer, a que se mueran bajo un sol o una nieve delirantes. Por esa Mancha despiadada, sinápticamente caída como «tierra de nadie» entre dos fuegos, no pasó nuestro hombre. Cierro es que había que pasar entre pedreas, con carrcs de leones, luchando contra el pan y contra el asco. No obstante, el bueno de «Azorín» nos dejó amor en sus retratos, en sus prosas sencillas, en su vulgar paraguas de un rojo sin motivo. Nos dejó, sí, su *Amor*. Amor en unos libros cuidadosos, álbumes de su hallada soledad, de su melancolía ya en su sitio. Por todo eso, y como no aduladora gratitud, nosotros traemos hoy su nombre a nuestras páginas de «ALBORES». Hace ya muchos años, desde un período de Alcázar (1), pedimos algo para él. Nuestro fervor sigue con la ambición, idéntica, de entonces. Pedimos como antaño y más, si cabe. Si en algo disintimos ahora, un respeto amoroso nos empuja. Y un áspero agradecimiento de manchegos. Tan sólo es por nobleza de discípulos por lo que le rehuímos.... aun siguiéndole. Por eso parecemos algo ingratos. Por eso. Porque la Mancha, tierra de nuestra vida, ¡es mucho más!

(1) «El Despertar».

J. A. S.